

en ocasion que se hallaba en Madrid Fernando Cortés, quien à pesar de su rivalidad lo socorrió con limosnas para que no pereciese. Por último murió Guzman en la prision el año de 1540.

Era Nuño Beltran de Guzman natural de Guadalajara en Castilla la Nueva: pasó à la N. España de gobernador de Pánuco de Tampico, fué juez de residencia de Fernando Cortés y primer presidente de la real audiencia de México: era de mediana estatura, muy elocuente, y sobre todo un gran jurisconsulto: habiéndosele encargado por la Audiencia de México la conquista de los Estados independientes del Imperio, encontraron sus enemigos motivos para perderlo. Sus adictos y cómplices de sus delitos, los más se extraviaron y huyeron: Juan de Oñate se fué al Perú, en donde murió miserablemente.

LIBRO TERCERO.

Se establece el orden en la N. Galicia.—Muerte de Pedro de Alvarado y algunos sucesos adversos.—Destruccion de las fortalezas de los indios sublevados.—Fundacion de pueblos, villas y ciudades.—Nueva forma del gobierno de N. Galicia.

Se establece el orden de la N. Galicia y suceden algunos casos desgraciados.

Se acercaba à los diez años la conquista de estos Estados y aún no se veia el horizonte de la paz, y sobre la dispersion general que causó aquel suceso, hubo una peste desoladora que en opinion de algunos escritores contemporáneos, dejó solamente una de las cinco partes de la poblacion. La causa que pudo producir un efecto tan desgraciado fué la guerra de la conquista, pues quedando innumerables cadáveres insepultos, era preciso que se inficionara la atmósfera;

pero sobre todo, la peste fué efecto, segun la opinión de los historiadores, de la cercanía de un cometa de extraordinario tamaño y figura que apareció en aquel tiempo, y era tan grande y luminoso que à su vista no lucian las estrellas. La influencia de un cuerpo ígneo tan cerca de la tierra, no podia dejar de producir una excitacion del calórico en gran manera nociva á los vivientes. Solamente el verlo causaba tanta impresion en los indios, que corrian á encerrarse en sus casillas y cuevas luego que aparecia.

Para entónces habian entrado por fortuna de los indígenas, ó sea providencia del Altísimo, doce eclesiásticos que como los apóstoles trabajaron con el mayor celo y la más grande actividad en bautizar á los innumerables que perecian: á su tiempo y en particular, diré algo de mérito que estos eclesiásticos contrajeron en medio de tantos trabajos. Pudiera en este tiempo haberse hecho mucho á favor de la civilizacion de estas naciones; pero se ocuparon los principales conquistadores en invadir inmensos territorios para salir de ellos sin más fruto que haberse dado à conocer de los pueblos que invadian. En tal estado se hallaba la N. Galicia cuando arribó á ella Diego Pérez de la Torre: llegó à Tonalan, en donde recibió la vara y gobierno de Cristobal Oñate, que vino con el cabildo de la

ciudad de Guadalajara situada aún en Tlacotan: presentados los despachos del nuevo gobernador, luego fueron obedecidos: dió comisiones para los informes sobre la residencia de Guzman, secuestró sus bienes, se estableció por entónces en el mismo Tonalan y despachó á Oñate y al cabildo á la ciudad.

Comenzó y prosiguió su Gobierno Torre con la mayor rectitud, practicando las órdenes que habia recibido de Carlos V: contentó á los españoles por los medios más prudentes y á los indios los consolaba como padre: emprendió hacer al efecto una visita general, y en ella repartió las encomiendas del modo más justo, de suerte que algunos españoles que ántes querian abandonar el país, se quedaron contentos. Contuvo la licencia de hacer esclavos á los indios, por lo que muchos que se habian retirado con sus familias á habitar las sierras, volvieron, y con ellos y los demas dispersos formó varios pueblos; pero desgraciadamente duró poco tiempo este buen español en la N. Galicia: los resentimientos anteriores de los indios predispusieron á muchos para que comenzasen sus inútiles esfuerzos á fin de sacudir el yugo español: se formó un ejército de sublevados entre Hostotipaquillo y el pueblo llamado hoy de la Magdalena; el jefe de los in-

dios era intrépido y avanzó hostilizando algunos pueblos hasta los cerros de Tequila: se ignora si aún existia el célebre Huajicar.

En este conflicto Torre hizo junta de guerra y resolvió salir en persona con alguna tropa española y auxiliares de los pocos que habian quedado del ejército de Guzman y otros de Tlajomulco y Tonalan. Los sublevados se hicieron fuertes en uno de los cerros: llegando el ejército de Torre, les hizo las intimaciones de estilo, y habiéndolas despreciado los indios, les echaron los españoles un cerco por todas partes: pelearon los sitiados con desesperacion, y quedando muchos cadáveres en el campo, se dispersaron los demas. Los conquistadores no pudieron haber tenido mayor pérdida de la que tuvieron, porque desbocado el caballo que montaba el gobernador, lo precipitó de una altura, se le echó encima y lo dejó moribundo. En este estado fué conducido al pueblo de Tetlan, en donde á la vez se fundaba el primer convento que los religiosos franciscanos tuvieron en la N. Galicia. Allí se dispuso el gobernador á morir cristianamente: vino Oñate con los principales de Guadalajara ó Tlacotan, recibió el enfermo los sacramentos, hizo testamento, declarando quedar Oñate con el gobierno interino del reino, y murió llorado de

todos los buenos: se enterró en Tetlan, de allí fué trasladado algun tiempo despues al convento principal de San José de Analco, y últimamente á la iglesia actual de San Francisco de Guadalajara. Oñate quedó encargado de su haber y de dos hijas que casaron con Fernando Flores y Jacinto Pineda. Fué este suceso desgraciado en el año de 1538.

Dióse cuenta al virey de lo sucedido y confirió el gobierno de la N. Galicia á Francisco Vasquez Coronado: aprobó el nombramiento el rey cuando estaba aquel tirano destrozando y acabando á los indios de Sonora á fuego y sangre, en busca de unos cerros de oro y plata que se le dijo habia en la costa del mar pacífico. Este hombre lleno de delitos, enfermo y abatido de la fortuna, pasó solamente por Jalisco con direccion á México, de donde no volvió jamás, quedando tercera vez de gobernador interino Cristóbal Oñate.

Por ese tiempo ya se comenzaron á sentir algunos movimientos que hacian los indios para formar una conspiracion general contra los españoles. Las primeras providencias del gobernador interino fueron fundar algunas villas y pueblos con familias que no fuesen de los indios del país, para que en clase de presidios tuvieran en

sujeción á los indígenas. Así se fundaron Santa María de los Lagos, Ahualulco y otros presidios, que despues fueron villas por el gobierno político que se les puso, habiendo sido en su origen puestos puramente militares.

Se agravaban más los cuidados con las noticias que sucesivamente recibia el gobernador interino Cristóbal Oñate del descontento de los indígenas: se le dió aviso de que los indios de Guaintimota habian asesinado á su encomendero Juan de Arce, que los indios de Hostotipaquillo en grandes trozos salian á hostilizar por Compostela y otros pueblos, y que los cascanes del Norte formaban un fuerte no léjos de Juchipila en el cerro llamado del Mixton, para salir de allí á invadir la ciudad de Guadalajara. Esta última noticia exaltó más á los españoles por tener más cerca al enemigo: luego determinó Oñate destacar sobre los cascanes un trozo de veinticinco españoles y trescientos auxiliares de Tonalan y Tlajomulco á las órdenes de Miguel Ibarra, que puestos en órden marcharon, y llegando al rio de Juchipila encontraron los pueblos solos y abandonados, porque los indios se habian reunido todos con los disidentes del Mixton. Es este un cerro muy alto y quebrado, tanto que lo hacen inaccesible las grandes peñas de que se

forma; por esto se llamó del Mixton, que en el idioma del país quiere decir *gato*. En la cima tiene una llanada capaz de un fuerte de bastante extension.

Allí se hallaban los indios en gran número el sábado de ramos del año de 1541: se acercaron los españoles lo suficiente para intimarles rendición: no obedecieron ellos, y solamente respondieron que al dia siguiente contestarian. Los españoles no estuvieron tan listos que se pudieran escapar de un asalto á la madrugada, que vulgarmente llamamos albazo: les acometieron los indios con tal furor por todas partes, que los pusieron en la más vergonzosa dispersion; cada uno de los soldados huyó por donde pudo y no se juntaron hasta cerca de Tlacotan. A la vez salia Oñate con refuerzo de la ciudad, por aviso de los primeros indios que llegaron diciéndole habia acabado toda la division. Ibarra escapó con solos catorce españoles, y de los indios auxiliares de Tonalan y Tlajomulco murieron 150. El jefe derrotado le instó á Oñate no pasase adelante y que solo se tratase de resguardar la ciudad: así se hizo, luego salieron extraordinarios pidiendo auxilio á todos los pueblos amigos y aun á Compostela y México. Francisco Vasquez Coronado traia lo mejor del ejército con-

quistador por Sonora, y á más se le negaron á Oñate de todas partes, porque solamente consultaban los nuevos establecimientos su seguridad particular. Diego Vasquez que fué á pedir el auxilio á México, consiguió del virey D. Antonio Mendoza, que mientras juntaba un ejército capaz de asegurar para siempre la paz deseada en los reinos nuevamente conquistados, se pusiese un expreso á Pedro de Alvarado que debia hallarse en las costas de Colima con la armada que habia sacado de Guatemala con destino á las Californias, para que diese pronto auxilio al gobernador de la N. Galicia, antes que los indios sublevados acabasen con todos los españoles y destruyesen los nuevos establecimientos. Al mismo tiempo, estrechándose las necesidades de Oñate, determinò por sí mismo pedir á Pedro de Alvarado el auxilio, y al efecto mandó á Juan de Villareal para que imponiéndolo de la necesidad extrema en que se hallaban, lo comprometiese á venir á la defensa.

Con tan fundadas esperanzas de un pronto auxilio no se descuidó Oñate de mandar algunas descubiertas de la poca tropa que le habia quedado, para que los indios se entretuvieran. Salió con este objeto Miguel Ibarra para Teocaltiche, encontró solos los pueblos, y sabedor de que

estaban reunidos los sublevados en el Peñol de Nochistlan, temerariamente se dirigió al fuerte, en donde ya habia una multitud de guerreros dispuestos á pelear como en el Mixton. Prevalido de la autoridad que podia tener sobre algunos de los que allí se hallaban, por ser encomendero de Teocaltiche, solicitó hablarles, disimulándoles la falta que habian cometido; les habló efectivamente, con cariño, y les pidió de comer; ellos le respondieron que si queria comer que trabajase ó lo fuese á pedir al Mixton: solo quiero vuestra amistad, les replicó Ibarra, y los exhortaba á la paz y á que bajasen del fuerte á sus pueblos. Convencidos los indios de que los compañeros de Ibarra eran pocos y que ellos ya eran muchos, descargaron sobre él una tempestad de flechas y piedras; mas el español con serenidad se retiró al puebló. Allí pudo hablar con un cacique amigo que se empeñó en disuadir á Ibarra de la empresa que habia tomado, porque en su opinion perecerian pronto todos los españoles: le hizo ver que se trataba de hacer reuniones de valientes en varios puntos, porque los naturales estaban decididos á morir antes que rendirse al yugo de una dominacion extranjera, y tenían por jefe á D. Diego Zacatecas, general muy valiente y experto.

Esto determinó á Ibarra á solicitar una entre-

vista con dicho jefe, y llamado al intento por el cacique amigo, salió D. Diego persuadido de que se trataría de hacerle algunas proposiciones; pero viendo que solo se trataba de que se rindiesen, se irritó tanto que allí mismo dió la voz de alarma. Ibarra huyó con los suyos precipitadamente; y lo habrían seguido los indios hasta la ciudad, si no hubieran desaparecido los españoles por la velocidad de los caballos. En la ciudad no fué tanta la sorpresa que causó este suceso, á virtud del socorro de Pedro de Alvarado que esperaban pronto, y que ya venia á marchas dobles.

Siguen los sucesos adversos en la Nueva Galicia.

Muerte de Pedro de Alvarado y traslación de la ciudad de Guadalajara.

Habia tocado Pedro de Alvarado con su armada que iba destinada á Californias en el llamado hoy puerto de Navidad: allí Juan de Híjar, que se hallaba en su nueva villa de la Purificación, le dió parte de las noticias adversas que despues recibió ya mas detalladas en Zapotlan, de Juan de Villareal, el enviado de Oñate. Real dió el parte y Alvarado tuvo á fortuna haber llegado á aquellas costas en tiempo en que podia recomendarse más y proveerse de cuanto necesitase para hacer más descansada su nave-

gacion con los despojos de los pueblos rebeldes: hizo junta de guerra con su oficialidad y resolvió distribuir más de mil hombres que traía, en varios puntos de importancia, para imponer respeto á los indios, mientras destruía sus fortalezas. Con 500 hombres puso el cuartel general en Autlan, 25 puso en Etzatlan, 50 en Zapotlan, 25 en Chapala, 25 en Tonalan, 300 dejó guardando en el puerto la armada, y con los ciento restantes avanzó á la ciudad de Guadalajara. Por los pueblos del tránsito lo recibían los indios pacíficos con celebridad y regocijos públicos, dándose los parabienes principalmente los españoles, de que viniese á la pacificación del reino un sujeto de tanto nombre en todas las Américas.

Pasó Alvarado el rio por la barranca sin novedad, y luego salió Oñate con su gente y el Ayuntamiento de la ciudad á recibirlo; se le hicieron los honores de general y se le dispuso el alojamiento que merecia. Trató luego con el gobernador del principal asunto que lo habia conducido allí. A mí me parece, dijo Alvarado á Oñate, que no se debe dilatar el castigo de estos indios. *Vergüenza es que esos gatillos hayan dado tanto cuidado á V. S. y hayan hecho tanto ruido: con ménos gente que la que traigo sobra pa-*